

Límites y posibilidades de un diálogo entre la historia y el psicoanálisis

Gerardo Caetano

1. La idea de este encuentro ha sido, justamente, la de estimular un diálogo entre dos oficios. En buena medida, los cuatro que participamos en este primer panel del Seminario (Daniel Gil, Marcelo Viñar, José Pedro Barrán y yo mismo) hemos ido desarrollando en estos últimos años una experiencia de diálogo entre dos oficios. No hemos desarrollado ninguna indagatoria interdisciplinaria ni multidisciplinaria. Tampoco hemos abdicado de nuestras respectivas disciplinas ni nos hemos mimetizado en intercambios “*todológicos*”. Por el contrario, hemos intentado dialogar desde nuestros oficios y creo no equivocarme si señalo que la experiencia que hemos recogido ha sido muy estimulante y que la misma nos ha transformado profundamente. Es entonces desde esta experiencia concreta –y de los muchos diálogos e intercambios conexos a ella– que venimos a proponer algunos temas para una agenda de reflexión compartida.

En esa perspectiva, me gustaría comenzar reseñando los tres núcleos sobre los que centraré mi exposición, que forzosamente estará restringida al formato de un sumario de ideas. Esos tres núcleos referidos serán los siguientes:

- 1) en primer lugar y de modo específico desde mi disciplina, abordaré un registro resumido a propósito de algunos debates contemporáneos en el campo de la Historia que –sospecho– pueden generar algunos ecos en el territorio del Psicoanálisis;
- 2) en segundo lugar, plantearé desde allí el señalamiento de algunos límites y también de algunas posibilidades de un diálogo entre dos oficios, en este caso la Historia y el Psicoanálisis;
- 3) y finalmente, terminaré presentando algunos tópicos que creo que pueden viabilizar una agenda de intercambio útil y fecundo.

2. Toca entonces comenzar por reseñar algunos de los debates destacados en la agenda más contemporánea de los historiadores. Mi disciplina hoy se encuentra ante una encrucijada particularmente desafiante, cuyo signo más distintivo apunta a un imperativo fuerte en la perspectiva de la innovación. Sospecho, como lo decía al comienzo, que muchos de esos desafíos transformadores son comunes en algún sentido con lo que ocurre en el Psicoanálisis, porque la mayoría de ellos resultan tributarios de un momento muy especial, de una coyuntura de mutación civilizatoria que nos es común. En esa dirección, voy a registrar tres desafíos muy exigentes para el oficio de los historiadores contemporáneos.

i) El primero de ellos tiene que ver con la fragmentación y la especialización de los estudios históricos. La Historia ha perdido su sentido unitario y se ha disgregado en una pluralidad de Historias, irreductibles a un único hilo conductor. Se ha producido el “*estallido*” de viejas visiones y relatos prestigiosos, que organizaban sus explicaciones en torno a un tema o a un sujeto considerados como centrales y privilegiados. La crisis de estos “*megarrelatos*” ha ido en favor de una multiplicidad de sujetos y de historias construidas en torno a ellos, sin las viejas pretensiones de hegemonismos interpretativos o explicaciones globalizantes. En ese marco, lo que también ha entrado en una profunda crisis es la visión tradicional de la unidad de lo social, es esa búsqueda que se hizo tradicional y constante por encontrar lo homogéneo, la unicidad, los “*actores*” y

“*conflictos privilegiados*”. Este impulso de fragmentación ha llegado en algunos casos al nivel de una peligrosa “*pulverización*” temática y teórica en nuestros respectivos oficios. François Dosse ha titulado una Historia de la historiografía francesa con el concepto de “*Historia en migajas*”, término que por cierto podría proyectarse también a otras historiografías contemporáneas. Esa Historia que se convierte en Historias, esa Historia que pierde polos hegemónicos y paradigmas prestigiosos, constituye hoy una disciplina en transición, sin hegemonías claras, en debate, dentro de un cuadro de una acentuada diversidad.

ii) En segundo lugar, como producto también de esta interpelación tan propia de los tiempos que corren, nuestro oficio se ha transformado en su praxis más cotidiana de manera radical. En un listado necesariamente incompleto, me voy a limitar a referir sólo algunos de esos cambios. Se han modificado los roles sociales más tradicionales de los historiadores. El historiador –definitivamente– hoy debe reconocer que no detenta el monopolio del “*relato de la tribu*”, que la memoria y la historia, las diversas formas de reconstrucción del pasado constituyen materia prima e insumo de varios oficios y disciplinas. Se han transformado también profundamente las filosofías de la historia, de modo paralelo a un avance efectivo en la profesionalización de los investigadores, en la consolidación de mayor sofisticación de sus métodos y teorías. Ha cambiado su estrategia narrativa para aprehenderlos acontecimientos y los procesos, la peripecia y los dilemas de los actores. Uno podría presentar a este respecto el ejemplo de la exploración de Carlo Guinsburg en torno a “*Menocchio*” en su famoso texto “**El queso y los gusanos**”, en que el relato sobre la peripecia particular de aquel molinero friulano puede revelarnos toda una época. Estas nuevas modalidades de lo que ha dado en llamarse “*microhistoria*” nos están planteando un problema más hondo: el de una nueva relación entre el caso (lo singular) y el conjunto (lo general). Los historiadores se encuentran hoy impelidos a otorgarle una atención más detenida a la potencialidad interpretativa del reconocimiento de las supervivencias, de los arcaísmos, de las huellas de la afectividad y de lo irracional. Por ello mismo están también obligados a teorizar de una manera nueva, más abierta y ecléctica, aún –y talvez sobre todo– desde el reconocimiento de la no superación del tradicional déficit teórico de la disciplina. Se perfila asimismo en todos estos cambios una nueva modalidad de relacionamiento entre la Historia y las otras ciencias sociales, afectadas también por esa dialéctica epistemológica que combina especialización, fragmentación e hibridación. A través de todos estos dispositivos nos encontramos con una Historia que cada vez más necesita historizarse, volverse “*Historiografía*”, adoptar un discurso más volcado a la exposición de sus condiciones de producción, que a la narración ingenua y sin opacidades de los acontecimientos del pasado. Por cierto que todo esto ha generado un desvanecimiento de viejos entusiasmos y ha hecho a los historiadores –enhorabuena– muchísimo más humildes. Hemos asumido la pérdida de la vieja omnipotencia de nuestro oficio, en el mismo momento en que se producía el retorno del prestigio del relato, del apego al documento, de una “*Historia erudita*” pero fundada en un nuevo concepto de erudición. Como ha señalado el historiador argentino Fernando Devoto, “*si la Historia profesional no quiere girar en torno a sí misma y perder así toda función social relevante, deberá evitar por igual la tentación de generar nuevos metarrelatos o la de acumular información estéril*”. En cambio, deberá apostar a una estrategia narrativa orientada, antes que nada, a la proposición simultánea de varias modalidades de relatos, destacando y subrayando sus límites, sus alcances, sus dificultades.

iii) Y por último, parafraseando el título de un estupendo artículo de Hilda Sabato, historiadora argentina que nos prestigia con su presencia, la Historia es hoy una disciplina que presenta una “*guerra interna*” no resuelta, que no ostenta ortodoxias

consistentes. La percepción de este último fenómeno puede resultar contradictoria: puede ambientar la proliferación de los tradicionales “*guardianes de la ortodoxia*”, pero también puede coadyuvar a la existencia de espacios efectivos para el debate. En ese marco de un momento de transición de la disciplina, sobresalen en ella algunos debates, como el producido desde hace ya algún tiempo en torno a lo que ha dado en llamarse el “*giro lingüístico*”. Fuertemente vinculado a este campo de controversias, las renovadas discusiones entre los “*historiadores postmodernos*” y la vieja historiografía moderna, más allá de sus caricaturas y de sus versiones maniqueas, nos ha llevado nuevamente a recordar algunos viejos asuntos claves para el oficio de los historiadores: la naturaleza última de la producción historiográfica (entre la idea de “*género literario*” o el “*discurso de la verdad*”); el estatuto del “*texto histórico*” (tan particular en una disciplina que, como la Historia, es antes que nada una “*disciplina de contextos*”); la posibilidad del conocimiento del pasado, que siempre nos plantea la duda fuerte, decisiva, sobre la alteridad electiva de ese pasado, sobre el conocimiento auténtico de ese “*otro muerto*” como función específica de todo historiador. En la dirección de estos últimos asuntos podrían recorrerse múltiples implicaciones teóricas y metodológicas. El historiador francés Roger Chartier, por ejemplo, nos plantea a este respecto temas como “*la intradiscursividad radical del acontecimiento*” o la reducción de toda historiografía a “*un subsistema de signos lingüísticos*”, entre otras opciones.

3. No cabe duda que este momento de transición y de ausencia de hegemonías claras en la disciplina, plantea profundas implicaciones teóricas que hay que asumir. Nos detendremos ahora en el registro de algunos apuntes a propósito de los límites y posibilidades de un diálogo entre oficios dentro de este contexto peculiar, reiterando la presunción que adelantábamos al comienzo acerca de que muchos de los fenómenos y tópicos anotados no resultan ajenos a la situación actual de otras disciplinas, entre ellas –tal vez– el Psicoanálisis.

Por ejemplo, la proclividad a una fragmentación en subdisciplinas y el surgimiento de un nuevo sentido de fronteras entre disciplinas constituyen fenómenos comunes que condicionan el diálogo y la colaboración en el territorio difuso de las ciencias sociales y humanas. Se genera así una situación que a menudo favorece más el diálogo entre subdisciplinas que entre disciplinas, así como la práctica innovadora de lo que Matei Dogan y Robert Pahre han llamado “*la marginalidad creadora*”. Muchas de las experiencias más innovadoras en el campo de las distintas áreas científicas apunta en efecto a la praxis de investigadores que se mueven –peligrosamente– en las fronteras lábiles y móviles de nuevas “*ciencias nómades*”, que sin perder su especificidad la renuevan en forma permanente en diálogo con otras modalidades de “*saber*” y de “*interrogación*”.

Por cierto que en este contexto, la “*interdisciplina*” sigue siendo un problema arduo y difícil: se trata de transferir metáforas y no modelos, de incorporar críticamente preguntas, de asumir y contestar en forma rigurosa y consistente los riesgos ciertos –que no debemos soslayar– de la “*babelización*”, del diálogo light y pleno de equívocos, de una invasión trivial y voluntarista de territorios ajenos.

En este marco, puede señalarse que la Historia y el Psicoanálisis no empiezan hoy sus diálogos y sus comunicaciones. Por el contrario, ambas disciplinas presentan una historia ya pródiga de cercanías y distancias. Puede señalarse a este respecto que ambos oficios tienen una especial vocación por el tiempo, aunque se separan claramente en sus estrategias para distribuir “*el espacio de la memoria*”. Siguiendo en esto a Michel de Certeau, antes que nada es preciso señalar que el psicoanalista enfatiza su búsqueda de

“ese muerto que habita al vivo”, mientras que el historiador organiza su oficio en función de una ruptura necesaria entre el pasado y el presente.

Pese a este discernimiento central, las heurísticas de ambos oficios hoy vuelven a estar interconectadas en un esfuerzo común que asume –aunque desde reglas y requerimientos diversos– el desafío de un “reencantamiento” de los saberes sobre el pasado. Vuelvo aquí a citar de memoria de Certau: “se reembruja el saber sobre el pasado, incluso el apacible cubículo de los historiadores que suponen que el pasado está fragmentado y en orden en los archivos”. O para decirlo desde los términos de Freud: “los muertos se ponen de nuevo a hablar”.

De ese modo y desde’ la perspectiva de un diálogo posible entre ambos oficios, el desafío resulta tan grande que apunta en primer término en el sentido de rediscutir genuinamente las pretensiones de cientificidad de nuestras respectivas disciplinas. Pero este requerimiento de redefinición epistemológica no debe hacerse de acuerdo a los paradigmas cientificistas del siglo XIX, que lamentablemente han tenido una vida demasiado prolongada en nuestras ciencias sociales, al tiempo que hace mucho que han dejado de existir en el campo de otras disciplinas científicas.

Tal vez radique aquí un primer resultado fértil de un diálogo entre nuestros oficios: la necesidad de responder de modo renovado a preguntas tan radicales parece empujarnos a dejar atrás definitivamente los vanos e ingenuos optimismos epistemológicos de otrora, tan nutridos de omnipotencia y de generalidad. Quizás, como también dice de Certau, se trate de incorporar los retos difíciles de “volver a traer las representaciones del ayer y del hoy a sus condiciones de producción, de elaborarle otra manera los azares y los conflictos de la historia”. Y todas estas operaciones se realizan partiendo de la base de que ambas disciplinas, en tantos sentidos diferentes, son sin embargo ciencias del sujeto y de la subjetividad, oficios entonces particularmente desafiados en estos tiempos de “revolución de la subjetividad”.

4. A partir entonces de todos estos señalamientos generales, a propósito de los nuevos contextos de la Historia y de los límites y posibilidades de su diálogo con el Psicoanálisis, me gustaría reseñar cinco tópicos posibles para una agenda de intercambio entre historiadores y psicoanalistas. Lo haré en función de interrogantes y desde la premisa que se trata de una agenda deliberadamente restringida y selectiva, que omite la consideración de otros temas posibles:

i) ¿Cuáles son las mejores estrategias cognitivas en una y otra disciplina ante el desafío común de lo que Fierre Nora ha llamado el “estallido de la temporalidad”?

Olivier Mongin ha remitido a este fenómeno desde la invocación acerca de la necesidad de “una nueva orquestación de la temporalidad”, derivada de una alteración profunda de las dimensiones tradicionales del pasado (prisionero de la “pasión memorialista”), del presente (“recalentado”, objeto de “culto” y “obsesión”) y del futuro (cada vez más imprevisible y amenazante). Hoy el ciudadano en su vida cotidiana está cambiando radicalmente su relación con el tiempo, mientras que las viejas pautas que le servían para descifrar esa relación difícil se encuentran cada vez más en entredicho. Emerge así una nueva “cultura de lo instantáneo” y del “zapping” –como ha señalado el historiador y ensayista inglés Michael Ignatieff–, que compromete seriamente la persuasividad y consistencia de nuestras formas de relato sobre el pasado.

ii) ¿Cómo impulsar, en esta “era de la conmemoración”, ese doble dispositivo (cultural y epistemológico) de diferenciación e intercomunicación entre los caminos diferentes de la Historia y la memoria?

Vivimos un tiempo en donde el sentimiento histórico parece desvanecerse en medio de un aceleramiento vertiginoso de todos los procesos universales. Pero al mismo

tiempo, como advierte Fierre Nora en su obra clásica sobre **“Los lugares de la memoria”**, vivimos también la *“era de la conmemoración”*, en la que la memoria parece invadirlo todo. Se plantea así un desafío particularmente desafiante para todos los oficios que tratan sobre la reconstrucción del pasado, porque la Historia y la memoria proponen caminos muy diferentes y en algún sentido antitéticos. La Historia es siempre *“laica”*, crítica del pasado que reconstruye, a diferencia de la memoria que apunta a una recreación mágica y cuasi religiosa del pasado. Sin embargo, tanto historiadores como psicoanalistas sabemos que la diferenciación entre estas dos modalidades diferentes de reconstrucción del pasado no basta. Como bien dice Hobsbawm, el historiador también debe saber caminar por las *“penumbras”* siempre existentes entre Historia y memoria. Se trata entonces de un dispositivo doble y en algún sentido dialéctico, sin duda complejo de cara a estos nuevos contextos que hemos referido anteriormente.

iii) ¿Cómo construir relatos persuasivos del pasado en los tiempos de la “cultura de lo instantáneo”, que pone en entredicho la posibilidad misma del narrador?

Si como hemos anotado antes, vivimos fragmentariamente colapsos de sentido y una cierta crisis de identidades, si la aceleración y la densificación de los universos simbólicos han provocado una subjetividad en crisis casi permanente, el lugar de los anclajes del pasado para respaldar el arraigo de las identidades sociales parece haber variado significativamente. Aquella vieja asociación del pensamiento moderno que asimilaba fácilmente subjetividad e identidad, parece también haber *“estallado”* y los efectos de ello repercuten sin duda en ambos oficios. La pregunta de cómo repensar e indagar acerca de *“la subjetividad fuera del parámetro de la identidad”* –como ha señalado por ejemplo la investigadora brasileña Suely Rolnik– parece exigir respuestas novedosas y difíciles tanto a los psicoanalistas como a los historiadores. Incluso a partir del reconocimiento de nuevas formas de identidad (lo que algunos autores llaman *“identidades prêt-à-porter”*, más laxas, efímeras, flexibles, lights, etc.) y de nuevos modelos de subjetividad, el imperativo de formular nuevas modalidades de relato y de interrogación sobre el pasado no resulta menos arduo.

iv) ¿Cómo construir una relación no ingenua frente a los “hechos” del pasado, desde una teoría que permita reconocer opacidades y nuevas formas de intersección entre lo funicular y lo general, lo individual y lo colectivo?

Ya Reinhart Koselleck, en su libro titulado **“Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos”**, nos hablaba de la *“facticidad”* expost de los acontecimientos en Historia. Remito a una cita textual de su libro: *“La facticidad expost de los acontecimientos no es nunca idéntica a la totalidad de los contextos pasados que había que pensar como lo real en otra época. Cualquier acontecimiento conocido y presentado históricamente vive de la ficción de lo fáctico”*. Desde una perspectiva algo diferente aunque en algún sentido complementaria, Roger Chartier refiere a la *“lógica de la representación”* como prisma ineludible para una indagación seria sobre el pasado. Desde diversas hipótesis, los historiadores contemporáneos parecen coincidir sin embargo en el señalamiento acerca de que el viejo apego positivista a los *“hechos”* (el-pasado-tal-cual-sucedió) constituyó un factor inhibitorio para un mejor desarrollo teórico de la disciplina. Asimismo, como estudia por ejemplo Geoffrey Hawthorn en su libro **“Mundos plausibles, mundos alternativos”**, los argumentos contrafácticos parecen recobrar vitalidad, replanteando los *“derechos”* de *“lo posible, de lo plausible, de lo alternativo”*. Sospecho que fenómenos similares también operan para que los psicoanalistas desconfíen también de un abordaje directo y sin mediaciones con los *“hechos”* que tiene bajo estudio.

v) *Y finalmente y por cierto que no menos importante: ¿Cómo construir teorías y métodos pertinentes para acercarse al análisis insoslayable (no sólo desde la perspectiva de nuestros oficios, sino también desde la óptica de los ciudadanos que también somos) de las experiencias trágicas y traumáticas del terror, que tanto han signado nuestro pasado reciente?*

¿Cómo preguntar e interpretar acerca del abismo insalvable de la tortura? ¿Cómo encontrar categorías, métodos y modelos interpretativos que den cuenta acabada y radical del terror? ¿Cómo estudiar de manera renovada los usos públicos de la historia y de la memoria, esa dimensión del poder que siempre está presente en los conflictos y competencias sobre el pasado? ¿Cuál es el espacio, la distancia, la comunicación posible –y también imprescindible– entre el especialista y el ciudadano?

5. Yo quisiera terminar con el señalamiento de lo que para mí constituye a la vez la condición y el mejor resultado posible de un diálogo fértil entre nuestros dos oficios: la necesidad de asumir bien a fondo el fin de la omnipotencia, dando lugar efectivo a la modestia como el contexto que permite y que potencia más el diálogo. Se trata en suma de volver, como diría Carlos Real de Azúa, a *“reflexionar sobre lo obvio”*, volver a reencontrar la especificidad de disciplinas que ponen su acento mucho más en la comprensión que en la explicación.

En esa misma dirección, quisiera terminar con otra cita de Hawthorn, perteneciente a su texto anteriormente referido, que nos parece muy apropiada para ilustrar lo que venimos diciendo: *“... la dialéctica de la investigación y de la reflexión mediante la cual llegamos a comprender, es una que siempre reduce nuestras certezas y, en ese sentido, reduce nuestro conocimiento conforme lo aumenta. De esta forma, un buen resultado en la Historia y en otras disciplinas científicas, cómo quizás en la vida misma, consista en comprender más ... y en saber menos ...”*.